

PEDRO J. NAON



SIEMPRE VIVAS



BUENOS AIRES

TIPOGRAFÍA "DEL PUEBLO" SÚPACHA 381

1893

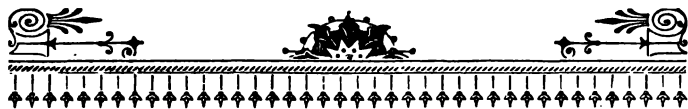
Al inspirado poeta

Rafael Fraguero

Su amigo

El Autor.

.....



Buenos Aires, 20 de Octubre de 1892.

Señor D. PEDRO J. NAON.

Mi estimado compatriota:

Con placer contesto, no habiéndolo hecho antes por motivos ajenos á mi voluntad, la finisima carta de V. datada á 8 del presente, obsequiándome su " Vision. "

" Una vision de mágica belleza " segun la llama V. en sonoro verso.

Con razon lamenta V. la pérdida del amado Goyena. Maestros como ese no es fácil encontrarlos. Él sin duda habria apreciado en su verdadero valor, el estro juvenil á que obedecen las inclinaciones espontáneas de V

En cuanto á mi, se lo escribí ya vez pasada, carezco de títulos para erigirme en crítico de ajenas producciones, prefiriendo, con mucho, manifestar mi simpatía respecto de todo conato generoso á remontar el vuelo hácia la luz. Ama V. la poesía. Ella tiene halagos para sus cultores entusiastas. Ya los sentirá V. al presentarla sus ofrendas.

Deseándole cumplido éxito en sus nobles aspiraciones literarias, y predispuesto antes á aplaudirle que á señalar las nubecillas que á menudo aparecen, para disiparse luego, aún en las mas bellas auroras de la vida, me es grato ofrecerle el testimonio sincero de mis sentimientos amistosos.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO.





V I S I O N

I.

En el seno de nácar de una nube
Veo en la noche cuando sueño ó canto
Que iluminada y vaporosa sube
Envuelta en los cendales de albo manto
Una vision de májica belleza,
Que derrama piadosa en sus miradas
Galanas esperanzas sonrosadas
Con su luz coronando mi cabeza !

II.

Es su ternura para el alma mia
Como un iris que estiende sus colores
De un cielo opáco en la tiniebla fria
Reflejando de paz dulces albores !
Es un sol en mi lóbrego camino
Esa imágen, de amor resplandeciente,
Que al velo del pesar, crepusculino,

Deshace con el dardo luminoso
De su nimbo lujoso y transparente !
Es un astro que asoma majestuoso
De mi horizonte sobre el fondo umbrío
Nubes de desengaños disipando
Y alejando su sombra en el vacío,
Que tierno resplandece arrebolando
Con celajes de visos seductores
De mi vida el helado firmamento
A quien con sus lamentos tembladores
Ha conmovido de la duda el viento !
Es esa aparición blanca como hada
Que dichosa destrenza sus cabellos
De la cándida luna á los destellos
En la nítida fuente sonrosada;
Su mano tiene esmalte de azucena
Y cuando posa en ella su sien leve
Soñando, no abatida por la pena,
Lirio parece de pulida nieve
Que sostiene en su búcaro flotante
Impregnado de encantos y frescura
La cabeza magnífica y amante
De una rosa radiante de hermosura !

III.

Me conversa unas veces del pasado,
Y me enseña el camino del poeta,
Me diseña la pálida silueta
Del que en otras edades ha cantado

En su heleno laúd de cuerdas de oro
Del denodado Ulises la fortuna,
Y me recita en cántico sonoro
Envuelta en rayos de plateada luna
De Safo las dolientes elejias,
Y la aciaga grandeza de su muerte
Sobre las olas de la mar vibrante
Que con notas de duelo desolante
La cobijó bajo sus liras frías!
Me habla de Erina y de sus tiernos cantos
Castos como las dulces melodias
Del aura, de las hojas en los mantos !
De Anacreonte los versos venturosos
Me dicta con su amante voz sonora
En que el contento como eterna aurora
Centellea en los rasgos luminosos !
Me nombra á Ovidio y me repite bella
Los acordes celestes de su lira
Que en cada vibracion suave suspira
Y alumbrá al alma como blanca estrella !
Me dibuja de Horacio la figura
Coronado de flores perfumadas
Cantando á Baco con filial ternura
Y en mundo de molicias encantadas !

IV.

De Dante la fortuna desolada
Me pinta con semblante macilento,
De su destierro la penumbra helada,

Y su verso titánico y violento
Tiembla en sus labios como viento aciago
Con la ráuda frialdad del seco invierno
Para el mentido y criminal halago
Que ostentan las pasiones en su Infierno !
Me solloza los célicos lamentos
Del trovador de Laura de Vaclusa,
De ese mártir sublime de su anhelo
Cuya diadema de radiante gloria
Son los destellos de oro de su historia
Que mas que de la tierra son del cielo !

V .

Me habla del Tasso y su prision oscura
De sus pálidas horas desoladas
En que apuró el martirio y la amargura
El cantor inmortal de las Cruzadas,
Me dice las estrofas dolorosas
De su plectro de magas vibraciones,
De su intenso pesar lamentaciones,
Vagos perfumes de manchitas rosas !
Me cuenta del Ariosto, el inspirado,
La leyenda de Orlando el valeroso
Que con arpa magnífica ha cantado,
Y recita su verso sonoro
Como el eco del aura vespertina
Que desliza sus alas perfumadas
Modelando las ondas nacaradas
Sobre la mansa fuente cristalina !

VI.

Me habla del manco agosto de Lepanto
Que entre los muros de la cárcel fria
Sumido de su duelo en la agonía
Y con la tinta fúnebre del llanto
Trazó en rasgos radiantes de colores
En la figura cómica de un loco
Lo que la enana humanidad de poco
Tiene bajo las galas de sus flores!

VII.

Me pinta glorias mágicas caídas
Que cual columnas de oro se elevaron
Y como á rosas del Estio erguidas
Derribaron funestos vendavales
Y tempestades sin piedad troncharon
Con sus gélidos soplos sepulcrales;
Me dibuja la imágen del pasado
Que se levanta sobre escombros yertos
El sudario vistiendo de los muertos
Y vagando entre tumbas olvidado!

VIII.

Solloza ante el derrumbe soberano
De la perla del mundo en otros dias,
De la azucena del vergel pagano

Que hoy bajo el velo de las sombras frías
Duerme como necrópolis gigante
En que en la noche pálida pasea
Con su luctuosa y amarilla tea
Solo la virgen del olvido, errante,
Ante la noble pátria que en otrora
Fué del arte en el cielo diamantino
La vaporosa y arrobante aurora
De nimbo rosa de fulgôr divino !
Ante esa cuna amante de lo bello
Que tuvo por diadema de su frente
Como rubia corona de cabello
Sobre una nívea sien resplandeciente
Con el génio de Sócrates radiante
Y la espada de Aquiles valerosa
De Píndaro la mente luminosa
Aguila audáz de inspiracion gigante !

IX.

Gime ante los martirios infamantes
De Milciádes cargado de cadenas
Y su sien cubren velos desolantes
De abatimiento y de sombrías penas,
Nombra á Cesar cayendo en agonía
Debajo el golpe del puñal de Bruto,
Con voz de viento en la arboleda umbria,
De duelo aciago bajo el denso luto,
De Sócrates encómia la firmeza
Que marcha hácia la tumba no vencido,

Con la aurcola del génio en la cabeza
Como titán de la verdad erguido,
A quien dudas no imponen ni temores
Las sombras de la lápida callada
Pues sabe que del nimbo de colores
De la gloria inmortal iluminada
Lo bañarán en pos las hebras de oro,
Y ageno á las miserias de la tierra
De los encantos el celeste coro
Con la pureza, admirará, que encierra;
Ese coro en que flotan nacaradas,
Imágenes de cándida hermosura
Por diademas celestes coronadas,
Y con sienes de nítida blancura!

X.

Me dibuja las cándidas Vestales
Con su túnica blanca engalanadas
De la aurora á las májicas miradas
Yendo al templo á atizar el fuego santo,
El culto de sus Dioses inmortales,
De su fuerte pureza bajo el manto!
A Roma pinta con fascetas de oro
De Numa bajo el dulce poderio,
Y esculpiendo sus sienes en el coro
De las edades, infinito rio,
Cuando levanta hácia la curva amante
Del celeste y jigante firmamento
El dombo de San Pedro dominante,

Que desafía al huracan y al viento
Como paloma que la tierra deja
De la fe por el arco resguardada
Y al dintel de la patria iluminada
En vuelo rutilante alba se aleja
Por destellos de triunfo coronada!

XI.

Hay un momento en que su voz sonora
Tiembra como la brisa dolorosa
Que en los cipreses de las tumbas mora
Y canta su elegia majestuosa
Cuando tiende la noche el ancho velo
En las pálidas selvas seculares,
En la infinita bóveda del cielo
Y en el móvil espejo de los mares,
Es cuando habla del sábio de los sábios
Del que á la torpe humanidad caida
Trajo la salvacion, legó la vida
Con la doctrina santa de sus lábios!
De aquel que entre el tumulto solitario,
Ascendió con la cruz como culpable
Con corona de espinas implacable
Hácia la cumbre helada del Calvario,
Dejando de una madre entre los brazos
Su cuerpo inmóvil por la muerte fria
Con la sien santa celestial y pia
Por dardos de martirio hecha pedazos!

XII.

Y en pos se vuelve en su flotante carro
Y desaparece ante mi vista ansiosa
Como vision de un sueño vaporosa
Con su vuelo escultórico y bizarro,
Mas queda dentro el pecho desolado
Despues que rutilante ella se aleja
Algo como el perfume que nos deja
El eco del adiós de un labio amado,
Quedan plegarias de laúd querido
Que á nuestro oido en vaga lontananza
Aleja de su seno bendecido
Los arpegios celestes de esperanza,
Quedan ténues rumores del ropaje
Que engalana sus formas seductoras
Como adorna la banda del celaje
El perfil de las nubes flotadoras!
Ese angel blanco de pasion radiante
Cuyos ojos son soles encantados
Para mi pecho umbrio y vacilante,
Es la adorable y casta Musa mia
Que me resguarda de la pena impia
Con su nimbo de lumbré centelleante!



Señor D. PEDRO J. NAON.

Querido NAON:

Tardiamente, por incómoda salud y exceso de labor, acuso recibo de sus hermosos cantos "Elvira" y "Desposadas."

No se tratára de un discípulo tan predilecto como usted y de conceptos tan afectuosos como los de sus dedicatorias yo pensaria siempre que los nuevos versos de Naon germinan bellezas sensibles é inefables. El análisis psicológico y crítico señalará en ellos ligeras deficiencias, pero no ha de negar que sustentan ideas levantadas y exhiben formas vigorosas.

Mi reconocimiento y mis felicitaciones.

Su amigo

ENRIQUE S. QUINTANA.

el

Dr. Joaquin V. Grecco

En prueba de simpatia

El Autor.



DESPOSADAS



Estela es angel de cabello de oro
Y sienes de azucena anacarada
Y lleva en sus pupilas luminosas.
El cielo con que alumbra la esperanza,
Son su encanto los cándidos jazmines
Que á sus doradas trenzas entrelaza,
Y las palomas que en su quinta moran
Que golpéan gozosas su ventana
Con su abanico de nevadas plumas,
Cuando asoma entre nubes, sonrosada,
La seductora virgen de la aurora
De perlas derramando lluvia blanca
De su mano finisima de lirio
Con diamantinas chispas salpicada !

I.

Ama su pecho lo inocente solo,
Las donosas bellezas que engalanan

De la creación el majestuoso templo
Donde todo de Dios la gloria canta,
De las nubes el albo cortinaje
Que borda el sol con caprichosas bandas
Cuando vela en la tumba del Ocaso
De su veste finisima las galas,
El himno de las brisas vagarosas
Que juegan con las ondas modeladas
Y mecen á las rosas en su tallo
Dejando en sus capullos su plegaria
Mas tierna que el poema melodioso
Del turpiál, en la sombra de las ramas!

III.

Los cendales de niebla de la duda
No han anublado al cielo de su alma
Nunca, con su penumbra dolorosa,
Y el frio de su noche desolada;
Cruzan solo su amante fantasia
Dejando el polvo de oro de sus alas
Los serafines de los castos sueños
Y del contento las visiones albas.
Es un mundo de fúlgidos matices
Que pasea la diosa inmaculada
De las magas y azules ilusiones
En su carroza de marfil y nácar
Llevando una corona majestuosa
En las sienes, de dulces pasionarias!

IV.

Ve la vida al través del prisma rosa
Que en la mano llevamos en la Infancia
Y da á todo su suave colorido,
Su nitidez y su frescura y gracia,
Al través de ese prisma que reviste
Su derredor de juventud galana
Y de encanto, entusiasmo y regocijo,
Para el que ve por su cristal sin mancha,
Que embellece lo triste y lo transforma
En paisaje de dicha soberana.
Por el cual no se admira la tiniebla
Del desaliento que disipa helada,
De las puras y amantes ambiciones
El sol que deslumbrante se levanta !

V.

Es la tierra un vergel ante sus ojos
Que no esconde una espina entre sus galas,
Y que no oculta al áspid venenoso
De la traicion y la apariencia insana
En el fresco capullo de sus flores
Que con sus perlas el rocío esmalta.
Piensa que es su perfume delicado
Beso que solo la pureza emana,
Que son de su ropaje los cambiantes
Visos lucientes que jamâs apaga

La lluvia de los hondos desengaños
Y el viento rugidor de la desgracia,
Cuando en el campo azul de los ensueños
Proyectan la tiniebla de sus alas!

VI.

Por su dulce camino se desliza
Un limpio manantial de venturanzas
Que cópia al cielo en su tranquilo paso
De sus ondas sin fin en la cascada;
Nunca lo agitan ráudos vendavales
Ni en su quietud lo turba la borrasca,
Es un lago divino de delicias
Que en el espejo de sus linfas diáfanas
Reproduce la imágen lisongera
De las amantes y donosas hadas
De la felicidad, nido de encantos,
Que elevan sus canciones y plegarias
Dulces como el arrullo con que mecen
A la lila gentil las frescas auras!

VII.

No ha sentido su pecho immaculado
En su fondo, la hiel envenenada
De la envidia, que tiene su santuario
De nieble fría, en las innobles almas.
Sale todos los días de sus labios,
Como alondra que vuela apasionada

A su nido en las ramas de la selva,
La oracion que hasta el cielo se levanta.
Ella tiene la fe, rico tesoro,
Solo faro que alumbra á la distancia
De la orilla anhelada los contornos
En este mar que agitan las borrascas,
Y el ábrego de todos los pesares
Con el fúnebre azote de sus alas!

VIII.

La imágen ella guarda en su memoria
De otro angel que en florida edad temprana
Abandonó el paterno Paraiso
Para volar al seno de otra pátria,
Ella, como reliquia su recuerdo
Conserva en los altares de su alma;
Y cuando baja la silente noche
Con su dosél de sombras solitarias,
O se enciende en los campos del espacio
La antorcha celestial de la mañana,
Ella evoca su nombre bendecido
Como su único ejemplo en la jornada
En llanto inunda sus azules ojos
Y eleva sollozante una plegaria!

IX.

¡ Ah que es su hermana la querida muerta,
La que sus bucles de oro engalanaba

Y coronaba su infantil cabeza
Con elegantes cintas sonrosadas,
La que cuidaba de su casto sueño
Cuando la fiebre con sus hondas llamas
Quemaba de sus sienes inocentes
El transparente y modelado nácar,
La que besaba sus mejillas róseas
Y contra su albo seno la estrechaba,
Como estrecha la madre cariñosa
Con la efusion mas íntima del alma
Al hijo de sus goces y desvelos,
Flor de su amante pecho desatada !

X.

¡ Y ella la vió partir, la vió cubierta
Con esa palidez de rosa blanca
Al soplo de las frias tempestades,
La vió en su negro féretro acostada.
¡ Ah si hubiera podido con su aliento
La vida y el calor comunicarla !
Mas ya era todo en vano, Dios tendia
Su mano al angel que en la tierra estaba,
Preciso era á la ausencia resignarse,
A la fatal separacion ingrata;
Ella se prometió que hasta que juntas
Se vieran en el cielo, la guirnalda
Del sentimiento ostentaria su tumba,
La cadena de flores y de lágrimas !

XI.

Elisa se llamaba aquel querube,
Fuente sublime de bondad y gracia;
Era su frente blanca y tenuemente
De leve azul con tintas salpicada,
Eran sus rizos armoniosos de ébano,
Y la caían en sus sienes vagas
En seductor torrente perfumado
De majestuosas ondas modeladas;
Su talle parecía el azul lirio
Que en la hora del crepúsculo callada
Los rumorosos céfiros aduermen
Con el murmullo de sus notas magas
Cuando desplegan su ligero vuelo
Impregnado de aromas encantadas!

XII.

Solo la queda su retrato á Estela
Y dos bucles de seda que ella guarda
Con inmensa ternura, que cortaron
A la cabeza de su pobre hermana.
¡Ah que ellos son el lazo bendecido
Que liga su memoria inmaculada
A el alma aquella que en el cielo mora,
Adolescente flor que se elevaba
Con lujoso atavio de colores,
Y marchitó en su paso la borrasca;

Es la cadena de galanas perlas
Que á aquel recuerdo sus ensueños ata,
El hilo de oro que su mente tierna
A otra vida de glorias entrelaza !

XIII.

Cuando encamina su trãñquilo paso
A la ciudad de la quietud helada,
Donde ensayan funéreas elegias
Del coposo ciprés entre las ramas
Las brisas de la noche melancólica,
Y el rayo de la luna solitaria
A la olvidada lápida silente
Con el torrente de sus hebras baña;
Siente latir su corazon amante
Al hondo impulso de una fuerza vasta,
Conjunto de tristeza y tierno anhelo
Pues piensa contemplar la sombra amada
De aquella rosa que tronchó el pampero
Al entreabrirse al soi de la esperanza !

XIV.

Y cuando vuelve de su amado viaje
Meditabunda á la paterna casa,
Ante una imágen del Creador, de hinojos
Levanta sollozante sus palabras .
Le pide que ilumine bondadoso
Con los destellos de su gloria amada,

Sus vacilantes pasos por el mundo,
Senda de espinas y pesar bordada;
Que jamás la abandone un solo instante
Y no deje en su pecho, que lo áma,
Que proyecte el helado desaliento
Las densas nieblas de su noche aciaga
Y el viento de su invierno desolado
Que el himno ingrato de la duda canta !

XV.

Cuando vela la banda vespertina
Al horizonte con sus sombras anchas
Y oculta el sol su disco de diamante
Tras las cortinas de las nubes blancas,
Con su vestido de celestes lazos
Por su jardín pasea solitaria,
Parece que la absorbe un pensamiento
Pues fija en el espacio la mirada
Con esa vaguedad indefinible
Del que sigue el volido de las alas
De una feliz idea seductora,
Que como flecha luminosa pasa
Los campos de la rica fantasía
Disipando penumbras desoladas !

XVI.

¿ En que medita la preciosa rubia
Con la sien en la mano reclinada,

La de leves pupilas luminosas,
Soles que fija en su cristal el alma ?
¿Que roba sus momentos venturosos
Y la sumerge en esa muda pátria
De abstracción y silencio tumulario
Y de quietud y soledad tan vasta ?
Parece que en un tierno Paraiso
De lujosas quimeras sonrosadas,
Su juvenil cerebro inteligente
Con los suaves destellos alumbrára,
O cruzára su casta fantasia
La diva celestial de la esperanza !

XVII.

¿Quizá su corazón ha despertado
Al eco de ese idilio de las almas
Que cantan en nevado y blondo coro
De la ilusion las virgenes galanas;
A las notas celestes de ese himno
Mas blando que el rumor con que entrelazan
En el lucido lago transparente
Sus arpegios las ondas azuladas;
A los castos acordes melodiosos
De esa arullante y divinal balada,
Mas armoniosa que el poema tierno
Con que bordan las brisas en las ramas
Al nido de los pájaros canoros
Régios doseles de hojas de esmeralda !

XVIII.

Que ha encendido en un pecho ella lo sabe
De la ternura la celeste llama,
Y sabe que es de un pensamiento amante
La adorable y bendita soberana;
Que hay unos ojos que la ven doquiera
Que giren luminosos sus miradas,
Que hallan de sus pupilas los reflejos
En los diamantes que la luna blanca
Desparce por los mundos del espacio
De su nimbo de lumbre inmaculada,
Y en el ténue matiz de los jazmines
Que en colgantes se ostentan, de las ramas,
Su tez suave, pulida y de albo esmalte,
Como la tez de las helenas Gracias !

XIX.

En eso se preocupa la adorable
Vision de pelo de oro y sien de nácar,
El hada blanca de elegante talle
Como rosa de Estio perfumada,
Y tambien en el santo juramento
Que ha hecho ante el Creador puesta en plegaria
No ha mucho, de rodillas en el templo,
De consagrar para su muerta hermana,
Todo su corazon en holocausto,
Y no albergar otra pasion estraña,

De dedicarle en prueba de ternura
A su memoria la inmarchita palma
De todos sus amantes sentimientos
Y de sus pensamientos la guirnalda!

XX.

Triunfa el deber por fin y aunque en el pecho
Siente un dardo de amor, el que traspasa
Todo, hasta que se esconde entre los pliegues
De su almo corazón antes en calma,
Ha decidido que el sublime grito
De su cariño angelical no salga
Del purpurino nido de sus labios,
Que fingen el matiz mago del alba;
Se ha prometido que jamás sus ojos
Revelarán en solo una mirada
De su pasión el fuego misterioso,
Pues son por siempre aunque en distinta patria
Ella y su hermana, de recuerdo amado,
Las blancas, virginales desposadas!

Al Doctor

Enrique S. Quintana

En testimonio de admiracion y afecto

El Autor



ELVIRA

I.

Mas esbelta que el lirio de los valles
Que dora el sol y que acaricia el aura
Y luce en su poética corola
La nitidez magnífica del nácar,
Más inocente que Vestal antigua
Y con blondos cabellos como Diana,
Parece con su blanca vestidura
Elvira, un angel, que las leves alas
Gon sed, despliega, de volar al cielo,
Para bañar sus cándidas miradas
En el dorado nimbo de la gloria
Que en torrentes de lumbre desparrama
Los rayos diamantinos de la dicha
Inmortal, en el templo de las almas!

II.

Es un nido su pecho de ilusiones,
Un vergel de adorables esperanzas,

El eden luminoso de los sueños,
Que juegan de la vida en la mañana
En la mente, sin nieblas de hondo duelo,
Como arco azul de mariposas magas
En torno de las rosas del Estio
De nacarina veste perfumada,
Su fantasía juvenil es mundo
En que eleva, envidiable, la plegaria,
La alondra majestuosa del contento,
Y agita el abanico de sus alas
Con ánsia de horizontes sonrosados
Que borden nubes de cendal de plata!

III.

La obscura noche del pesar impio
No ha velado jamás su lontananza
Con la inmensa cascada de sus sombras,
Nubes que ciegan, al moverse, heladas,
El encanto del cielo, de su vida
Que es la lucida y seductora página
Del poema que esculpen las promesas
Cuando el dintel dejamos de la infancia,
Es el querube de la fe, sin penas,
Que desliza amantísimo y sin mancha,
Ostentando la nieve de su velo
Limpia como el espejo de su alma,
Y entonando en su idioma de armonías
Himnos más tiernos que la brisa alada!

IV.

No ama la soledad como el poeta,
No conoce el lenguaje de las ramas
Que en la vasta penumbra de la selva
Sus hojas temblorosas entrelazan,
Cuando vela el crepúsculo callado
Al esplendente sol tras la montaña
Y atraviesan volando la alameda
Con su pareja las palomas blancas,
No entiende sus melódicos arrullos,
Ni de sus suaves notas la balada
Cuando dialogan en delirio amante
Bajo dosél de frondas de esmeralda,
De sus ensueños, en el tibio nido,
Que tiernas mecen las cadentes auras!

V.

No escucha los lamentos de la ondas
Cuando en el polvo de oro de la playa
Dejan lazos albisimos de novia
Del mago espejo de sus sienes diáfanas,
No tienen en su seno inmaculado
Un santuario las flores perfumadas
Ella no adora su beldad donosa
Ni los cambiantes de su tul que encanta
Nada le dicen sus rumores vagos
Si con caricias de impalpables alas

Las aduermen los céfiros fugaces
Apasionados de sus finas gracias,
Cuando llueve topacios el rocío
En el vergel galano en la mañana !

VI

Su corazon no ha despertado al eco
De esa cancion, de cuyo fondo emanan
Los arpegios del vasto regocijo
Y la elegia de la duda aciaga,
No tiene el Paraiso de su pecho
En el reflejo azul de una mirada
En el ténue murmullo de un acento
Que la nombra en dulcisima plegaria,
Su cabeza adorable no han bañado
Los rayos de esa aureola sonrosada
Que alumbra nuevos mundos en la mente,
Y los pasean las gentiles hadas
De los castos ensueños vaporosos
Con su corona de violetas blancas !

VII.

Nunca han bañado lágrimas sus ojos,
Pues solo ven cantando á la distancia
Del porvenir en la lejana cima
Al angel de las dichas soberanas,
No han sombreado su tez mas elegante
Que el lucido alabastro de una estatua

Los umbrios cendales asolantes
Que tiende del dolor la mano helada,
Ni han empañado sus marmóreas sienes
Con la tiniebla de sus plumas pálidas
Del desengaño la vision aleve
Y el cuervo de la duda funeraria,
Que proyectan el hondo abatimiento
Del espíritu audáz sobre las alas !

VIII.

Por eso no dedica un solo instante
Al amante poeta que la canta,
A aquel para quien es la azul imájen
Que cruza su existencia desolada,
Que ve en la luz de la tranquila luna
Cuando alba borda las sonoras aguas,
El fulgor siderál de sus pupilas,
El blando resplandor de sus miradas,
Y en el velo animado de las rosas,
Del vergel pompa augusta y soberana,
El matiz delicado de sus labios
Que se entreabren al sol de la esperanza,
Como al dorado luminar del día
Las azucenas de corola blanca !

IX.

Nada mas que el desdén recoge, frio,
Aquel que del santuario de su alma

Quema en su adoracion todo el incienso,
Que en ondulantes nubes se levanta
Envueltas en las perlas de su llanto
Que en su Calvario funeral derrama,
¡Ah que no tiene el bardo sobre el mundo
Ni un faro qué lo alumbre en la jornada,
Es desterrado del festin humano,
Es de la sociedad el solo pária,
Ella desparce el manto del olvido
En su senda de espinas fria pátria,
Y no tiene un laurel para su nombre
Cuando cae en la tumba solitaria

X.

Años hace, leyendo tras la verja
Del paterno jardin la halló sentada,
Y se fijó su imájen inocente
En el diáfano espejo de su alma,
Era el tipo ideál de la belleza
Que en sus puros delirios se forjára
En su errante existencia de poeta,
Y por fin en sus penas encontraba,
Levantó su laúd nuevas canciones
Desde ese dia de honda venturanza
En que vió cual figura luminosa
La aparición celeste que soñaba,
Atravesando su horizonte oscuro
Como una exhalación que el éter pasa!

XI.

Al rayo de la luna que corona
Con sus besos la selva desolada
Y se dibuja móvil en las ondas
Del arroyuelo que cantando pasa,
Pidió entonces dejára, de sus sienes
En el lucido y majestuoso nácar
El celeste poema de sus sueños
De sus hebras de luz en la cascada,
Y le dijera en su bendito idioma
El duelo en que gemia su esperanza
Al cruzar el Calvario de la tierra
Sin la aureola sin par de su mirada,
Blondo sol que le habia iluminado
La cumbre de la dicha, á la distancia!

XII.

A la brisa que peina de los bosques
El pálio de sus hojas de esmeralda
Y arrulla los idilios de las flores
Cuando estiende el crepúsculo su banda,
Lè rogó que en su armónico lenguaje
En su albo pecho, cuna inmaculada
De esplendentes ensueños, la dijera,
De su culto celeste la plegaria,
Le cantára del alma los lamentos,
Y llevara en el himno de sus alas

Del desaliento que lo hundia aleve
En el torrente de sus sombras vastas
El mensaje, impregnado, que le hacia,
Con el rocío tierno de sus lágrimas !

XIII.

Cruzaban por su oscura fantasia
Del desengaño y los pesares pátria,
A la adorable lumbre de su imájen
En su carroza fugitiva y alba,
De las dulces y amantes ilusiones
Las venturosas y elegantes hadas,
Y se animaba su cerebro umbrio
Con los cendales de oro que derrama
De su lujoso nimbo modelado
Entre el armiño de sus nubes magas
El sol donoso de la fe bendita
Que de cadentes olas, en cascada,
Se admiraba en el lago de su dicha
En el vergel de encantos de la infancia !

XIV.

Como coro de ninfas que en la noche
Del florestál en la penumbra vaga,
Himnos levantan de pasion, divinos,
En concierto, felices enlazadas,
Las visiones esbeltas de la gloria
Con coronas de mirto y áureas alas

Pasaban los espacios de su mente
Luciéndole sus notas inspiradas,
En el viento sentia su voz suave,
Que formando el collar de la palabra
Con limpios lazos de sonoras perlas
Como esos que los mares engalanan,
Le recordaba el mundo de canciones
Que impregna de la vida la mañana !

XV.

El la halló en su camino, cual querube
Vestido con el velo de las Gracias,
Con la frente mas nívea y majestuosa
Que la azucena que se admira, ufana,
Y fué desde ese instante que sus ojos
No vieron mas que su vision amada,
¡Ah que ella describióle el firmamento
De un edén mago de ventura á su alma,
Dió á su laúd templado de poeta
Acordes de ternura soberana,
Y levantó sus blancos ideáles
Al cielo de la fe, de donde emanan
Los rayos de ese iris diamantino
Que es corona del mundo, La esperanza !

XVI.

Quería el canto de las auras puras
Que dejan sus suspiros cuando pasan

En la urna de nieve de los lirios
O del rosál bajo las verdes ramas,
Para rimar el mágico poema
De sus sueños de dicha iluminada,
Ese noble infinito de ambiciones
Que la luz siderál de sus miradas
Elevó en el santuario de su pecho,
Como las nubes del incienso, blancas,
Que por las anchas bóvedas del templo
Como oraciones mudas se levantan
En vaporosos círculos de aroma
Hácia el dosél de la celeste pátria !

XVII.

Angel fué inolvidable que alumbrando
Con la dulce diadema sonrosada
El fondo immaculado y majestuoso
De un horizonte de nobleza al alma,
Apareció blanquisimo á su vista
Llevando en sus pupilas la esperanza
Y en el espejo limpio de sus sienes
La inocencia del cielo retratada,
Su ayuda él le imploró en el llanto umbrío
Por donde vacilante iba su planta,
En la Olímpica lid del desaliento,
Que en los cendales de su noche helada
Anubla al sol radiante y luminoso
De la fe noble que hasta Dios levanta !

XVIII.

Cuando moria el día, y en ocaso
Tras finas colgaduras sonrosadas
Velaba de sus bucles la corona
De los astros el mágico monarca,
Y tendía su banda claroscuro
Con majestad augusta y soberana
La vespertina Diosa melancólica
En la cúspide azul de la montaña,
En célico concierto de armonías
Del llano hablaban las ligeras auras
Al sollozante pecho pesaroso
Ausente del querube de su alma,
Imitando su voz, como torrente
De albas perlas en búcaro de plata!

XIX.

Del manantial las ondas, cristalino,
Urna de fondo de coral, labrada,
Al bordar los cendales de alba espuma
Con que adornan las sienas de la playa
Cuando en su seno reflejaban limpias
La imágen leve de la luna blanca,
Dulce al velar la noche al firmamento
Con túnica de flores salpicada,
Le simulaban en sus suaves cantos
El poema de amantes esperanzas

De la cadena azul de sus suspiros,
Tiernos como el arrullo de las alas
Con que despliega el vuelo el níveo cisne
En la márgen del lago, solitaria!

XX.

El transparente tul que deslumbrante
Con dardos diamantinos la mañana
Sujeta por la bóveta del éter,
Cuando desliza con su aureola maga
Y con lazos de aljófares lucido
La cabellera de oro modelada,
La vaporosa virgen de la aurora,
Y se enciende el espacio en lumbre vasta,
Le recordaba la color de lirio
De su afba tez, que rosas engalanan,
Puras como esas que del blondo Estío,
Visten las limpias sienas perfumadas
Cuando cruza esplendente por la tierra
Con el cortejo de sus nubes blancas!

XXI.

¡ Ah y todo hoy la recuerda bella y pura
A esa sublime aparición soñada,
Ante el que lejos de su lado, un templo
De adoración celeste la levanta,
Todo tráe su memoria bendecida,
Y modula una nota en su alabanza,

El pensil luce caprichosas flores
De vistosas corolas perfumadas
Como aquellas que blanca y seductora
A sus blondos cabellos entrelaza,
Y el céfiro que juega con las frondas
Tiene algo de esa música que encanta
En el vago rumor de su ropaje
Cuando cual virgen de un ensueño pasa !

XXII.

Como ha erigido noble á su cariño
En su seno un altar, en cuya aras
Quema del alma el perfumado incienso,
La encuentra en todo á su ilusion dorada,
Y escucha que en las ondas del ambiente
Vienen, dulces viajeras, sus palabras,
Poemas de inocencia, celestiales,
De melódicas notas inspiradas,
Por eso de su amante pensamiento
En alas de la brisa, la guirnalda
Le envia como el don más elocuente,
De su pecho á la augusta soberana,
Que á mártir lo ha elevado de poeta
Enseñándole á amar sin esperanza !

Al emirante poeta doctor

Ricardo Gutierrez . .

El Autor



B L A N C A



I.

Ella oía en la noche desolada
Como el susurro de cadencia alada
Del trovador errante
La pesarosa queja enamorada,
Y su alma gemía,
Y aquel dolor partía
De su dicha los tules en su mente
Como el rayo que sube
Desgarra de la nube
La colgadura de oro refulgente !

II.

La bella adolescencia placentera
A veces lleva como umbrios tintes
En la rosa cascada de sus luces
Cortinajes de helada bruma artera.
Como en su velo azul la primavera
De tempestad fantásticos capuces !
Aquella juventud que amanecía

Coronada por lazos de azucenas
Se envolvía en la sombra de las penas
Del noctámbulo aquel con la elegía!
Ella participaba
De ese pesar que el trovador cantaba,
Bebiendo en esa fuente
Del padecer ageno,
La aciaga hiel que prueba
De la humana existencia en la corriente
Todo el que de la culpa
Las fugitivas vestiduras lleva
Antes de remontar el feliz vuelo
Al iris inmortal resplandeciente!

III.

Le parecían del sonoro viento
Que gime en los rosales,
Después del ritmo del luctuoso canto,
Los lamentos arpegios celestiales;
A todo embellecía y daba encanto
El eco tierno de esa voz sentida
Que lloraba ondulando dulcemente
Como la brisa al revolar perdida
Por el fúlgido espacio transparente!

IV.

Oía sus acentos inspirados
En la diáfana lira de las olas
Que con velos bordados

De vaporosa y argentada espuma
Decoran bajo el ala del crepúsculo
La sien helada de las playas solas !

V.

Los oía en las voces de la alondra
Que oculta en la penumbra, en la arboleda,
Bajo la móvil bóveda de ramas
 En sus himnos remeda
Al arroyuelo que como alba cinta
 Por entre esbeltos juncos
Con melodía sonora rueda !

VI.

Los oía en la música arrobante
 Del coro de los céfiros
Que ensayan en las noches azulinas
 Oraciones divinas
Rozando de las frondas el ropaje,
 O en vaga lontananza
Tejen versos de notas temblorosas
Que sollozan partidas dolorosas
Como el último adiós de la esperanza !

VII.

Aquel fúnebre canto del poeta
Tenía en cada acorde desolado
El silente martirio dibujado

Que abre la duda con su vil sáeta;
Era el reflejo del dolor roénte
Que impio anubla la existencia entera
Cuando el amante corazon lo siente;
De la sombrosa incertidumbre helada
Que vela con su niebla despiadada
Al sol sin nubes de la fe primera !

VIII.

¡ Oh juventud celeste y fulgorosa
Que encierras tierna para el duelo ageno
 La compasión del bueno,
 Eres la edad dorada
En que solo sin sombras se despliega
La flor del sentimiento perfumada !

IX.

Tu tienes para todo lo que es santo
Un eco de sublime simpatia,
Doliente lloras con la pena umbria,
Y de la dicha te embelesa el canto !

X.

Como blancas columnas oscilantes
 De incienso perfumado
De este mundo hasta el mundo iluminado
Van tus plegarias, de matiz radiantes !

XI.

Una guirnalda de celeste encanto
Suave esplende en tus sienes delicadas,
 Y es tu mágico manto
Túnica salpicada por rocío
De pintadas violetas del Estio,
Que viven lo que viven las doradas
 Franjas de los meteoros,
Los aljófares tersos de la aurora,
Y en el éter las blondas alboradas !

XII.

Si, porque cruzas juventud volando
Como cruza la brisa por las hojas
 En la tarde cantando,
 Y al alejarte dejas
 En los labios las quejas
Y en las aras del alma las congojas !

XIII.

Blanca en luz plena de ilusion veia
Que el funerario duelo iba arrojando
 En su azul fantasia
Los brunos pliegues de su noche fria
 Que van de los contentos
A su paso los lirios marchitando !

XIV.

En aquel pecho virjinal nacia
La aurora del amor entre crespones,
Sobre nubes de gris melancolia,
 Cual suele entre cortinas
De enlutada borrasca atronadora
 Ascender del sol diáfano
El cetro de la luz deslumbradora !

XV.

 Aquel amor nacia
 Con la etérea pureza
Con que abre su corola seductora
La flor de luz de la ilusion pristina
 Y á desatar empieza
Las ondas de su aroma embriagadora !

XVI.

Nacia como una hada arrobadora
Del seno de las linfas cristalinas
Con gasas de blancura seductora
Exornadas las formas peregrinas,
Todo inocencia de celeste encanto,
Vaso de melodias virginales,
Poéma amante de perfume santo,
Que de ensueños zafíreos bajo el manto
Ya ensayaba aletéos inmortales !

XVII.

Con todo el colorido,
Con todos los cambiantes,
Con que solo se viste la esperanza
Una vez en la vida
Para mas cruel hacernos la partida
De sus nítidas hebras fulgurantes,
Alboreaba ese amor mas impregnado
De candor, de frescura y poesia
Que el de las rosas, que ilumina pia
Con caricias finisimas de plata
El disco de la luna cincelado !

XVIII.

Mas Blanca vislumbraba en su delirio,
En el lago dorado
Que mecia la barca de su vida,
A lo lejos perdida
Sobre brumas la roca del martirio,
Destacando su pico coronado
Por rosáceos girones
De almos sueños y de almas ilusiones,
E irgiendo el filo de su dorso frio
Para rasgar la colorida veste
De su ideál celeste,
Y darla al ala jigantesca y ráuda
Del ábrego que ruge en el vacio !

La veia y el llanto de la angústia
Del que columbra que en su senda amada
 La noche se avecina
Doblaba su cabeza peregrina
Cual dobla el viento la azucena mústia !

XIX.

A los frondosos robles centenarios
Que forman con sus brazos de gigante
Su santuario de sombra majestuosa,
Al lado de la banda de oro y rosa
Del vistoso remanso susurrante
Que luce como perla refulgente
 De la oscura morada,
Les decia los sueños que en su mente
Flotaban sobre nube iluminada !

XX .

Ellos como sus solos confidentes
En esa soledad la consolaban
Y el canto de su pena acompañaban
 De sus hojas umbrias
 Con los himnos dolientes !
Ellos que habian cobijado amantes
De su dulce niñez los claros dias
Lloraban con acordes susurrantes
Por su cielo de niña que velaban
Las brunas orlas de las brumas frias !

XXI.

Bajo su amiga sombra
Su madre y ella en venturoso día
De Enrique el melancólico
El bardo amante que en su reja oía,
Escucharon la historia,
Que él les cantaba con el arpa de oro;
Los mirtos deshojados de su gloria,
De sus duelos fatídicos el coro,
Sus dudas desoladas,
Su oscura lontananza y las diademas
De sus sueños de dicha desfloradas !

XXII.

A su amparo leía,
A su amparo soñaba,
En las frescas mañanas rumorosas,
Y veía las blancas mariposas
Ondulando arrobantes
Como las ilusiones que ella amaba !
Sus visiones radiantes,
Sus ensueños azules,
Tenían en sus ramas su almo nido,
Y oscilaban en ellas con sus tules
De celeste y vistoso colorido !
Colgados de sus hojas arrullantes
Flotaban sus recuerdos inocentes
Como en las olas de las limpias fuentes

Cual reguero de soples
Las flechas de la luna centelleantes!
Ellas con su lenguaje de rumores
Habian arrullado dulcemente
Del verjel encantado de su mente
 Como cantos del cielo
Del pensamiento las donosas flores!

XXIII.

Mas ahora doliente
 Iba bajo su sombra
A hundir llorando la marchita frente
Surcada por las huellas del desvelo,
Y elevar su ferviente oración tierna
A su Dios en demanda de consuelo,
Su oración mas sentida, pura y suave,
Que el murmurio cadente de los céfiros
O las plegarias que modula el ave!

XXIV.

Presentimiento ingrato
 Alejaba la calma
De la senda galana de su vida,
Y velaba al contento de su alma;
Porque veía derrumbarse al polvo
 Del pesar bajo el rayo
 Al desplegar el vuelo
A su amada ambición, desvanecida!

XXV.

A su inflexible padre conocía
Y temía contarle sus afanes,
Y la causa secreta de su duelo
Que en lo mas hondo de su pecho abria
Una fuente de atroz malancolia
 Que en sus sombrías aguas
Iba escondiendo de su dicha al cielo !

XXVI.

Y en aquella horfandad del sentimiento
Su corazón de pena se moría,
 Cual lirio amarillento
Bajo implacables ráfagas de viento,
En desolada y bárbara agonía !

XXVII.

Sepultaba sus garras cada día
 Con saña mas impia
En su seno inocente y abatido
Del desconsuelo la fantasma fria !
Era un naciente sol la niña aquella
A quien sombras de ocaso coronaban
Cuando recién sus flechas irradiaban
Las seducciones de su lumbre bella !

XXVIII.

Su valor juvenil languidecia
Y bajo aquella soledad severa
Se doblaba cual flor de primavera
Bajo la bruma del invierno fria !

XXIX.

Pasaba en su jardin las solas horas
De seductora dicha apasionada
En el cuidado de una planta amada
De memorias para ella halagadoras,
Pues cuando en el castillo habia cantado
Enrique, el trovador de los dolores,
Siempre con una de sus lindas flores
Su arpa de oro ella habia engalanado !

XXX.

De esas mismas, cual prémio delicado
A su fina constancia y su ternurá,
 Bajo el velo callado
De la sombra, en la vasta noche oscura,
Cuando al pié de su reja la decia
 Su amor con blando acento,
Alguna recibia, ¡ Oh lauro grato !
El errante cantor del sufrimiento !

XXXI.

¡ Que palma mas divina ! No hay coronas
Sobre la tierra para el que es poeta
Que valgan lo que vale una mirada
O una flor que han rozado
Las manos de azucena de su amada!

XXXII.

La fama y los aplausos se evaporan
Como espirales de humo fugitivas
Y es falaz su perfume tan amado,
Y el intenso cariño
Es puro como el blanco del armiño
Y fiel nos es hasta el sepulcro helado !

XXXIII.

Así Enrique en la noche de sus penas
Mas feliz era que el que ciñe mirtos
En las lizas ruidosas del talento,
Pues ceñia las blancas azucenas
Con que la ilusion borda
Su diadema inmortal al sentimiento.
Tenia como soles de su vida
Las celestes pupilas de su amada
Que esmaltaban su huella ensombrecida

Con rosáceos destellos seductores
Y nimbos de colores
Que le hacian gloriosa su jornada!

XXXIV.

Blanca tambien en su existir desierto
No hubiera su doliente amor trocado
Por las delicias de este mundo helado
Que oculta solo el corazon de un muerto!



a

Manuel B. Argarte

Autor de la bellissima elegia

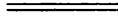
á

Teodolina **G**ano

El Autor



E L L A



I.

Hora bendita en que la hallé en la tierra
Por vez primera, torna casta el vuelo,
 Y splende con tu cielo
Que luz de amor y de pureza encierra,
Ven y derrama sobre el alma mia
Todo el aroma de tus rosas bellas,
 Tu encanto y poesia
De mi dolor sobre las hondas huellas !

II.

Ven, y mi pecho inspira
Con los diamantes que tu fe fulgura,
 Y adorna con ternura
Con azucenas mi enlutada lira,
 Ostenta ante mi mente
Tu azul coro de tiernas ilusiones
Para que huyan las yertas decepciones
A los rayos de nácar de su frente.

III.

Cruza sobre mi sien que vela el duelo
Tus himnos de esperanza modulando
Como pasan las brisas entonando
Sus cantos sobre el límpido arroyuelo!

IV.

Recuérdame las dichas que alumbraron
Sus ojos en la ruta de mi vida,
Las celestes promesas que irradiaron
 En mi senda escondida,
Recuérdame las notas inspiradas
Que enseñé á levantar al plectro mio,
Arpegios que aromaba la ternura,
Cadencias solo con amor bañadas
 Y que una nube pura
Como perlada gota de rocío
Formaban ondulando apasionadas!

V.

 Estrella del pasado
Esmalta mi sombreado firmamento
 Con tu aureola un momento
Para alentar mi corazón cansado,
 Tráe á mi fantasía
Algo de tus matices seductoras,

De tus fragantes flores,
De tu diadema pia,
Que así alzaré mi espíritu abatido
A remontar las alas á la altura
Y á abandonar el mundo envilecido
Bajo la red de la traición impura !

VI.

Así mi corazon tendrá un latido
Que de la tierra lo alzaré á los cielos,
Tendrá un beso de aroma de la gloria
De un vívido celaje descendido
 En los rosados velos.
Oh! ven, angelical, dulce memoria,
A rozar mi existencia desolada
De tu manto de encajes vaporosos
Con la orla finisima y dorada ,
 A rozar mi cabeza
 Que ha marchitado el viento
 De la oscura tristeza
Con sus soplos de duda y desaliento.

VII.

Desliza como el angel del consuelo
Por el camino atroz de mi Calvario
 Donde llevo del duelo
El pálido madero solitario !

VIII

Oh! meteoro brillante
Que el mudo espacio engalanaste un día
Ante mi fe con el color radiante
Que la ventura luminosa envía!

Vuelve un instante y mece
Tu corona de chispas fulgorosas
En el mar de mi dicha en que anochece
Y que encubren penumbras nubulosas!
Vuelve que el alma tiene sed de aromas
Tiene sed de armonias
Tráe el cortejo de tus luces pías
Como tráe el verano las palomas!

IX.

Torna célica hora inolvidable
Ven á mostrarme á la vision que adoro
Con el régio tesoro
De rizos en la frente inimitable
Con su blanco ropaje
Adornando sus líneas buriladas
Ténue como un celaje
De las tardes de Enero perfumadas!

X.

Muéstrame los sonrojos
Que encendieron su faz cuando se hallaron

Mis ojos con sus ojos
Recien por vez primera,
Lo que sus róseos lábios me juraron
Al darme una sonrisa placentera!

XI.

Descorre ante mi vista el áureo manto
De aquel eden de amores
Ageno al padecer y al frio llanto
Que alumbraron mis días seductores,
De ese mundo de sueños
Que flotó ante mis ávidas miradas
Con horizontes de placer risueños
Y que cruzaban célicas bandadas
De castas ilusiones rutilantes,
Mariposas divinas
Que agitaban sus alas peregrinas
Ostentando los fulgidos cambiantes,
Mariposas azules
Que rasgando la noche de mi pena
Trasapasaban la atmósfera serena
Con sus lujosos tules.

XII.

Quiero seguir tu vuelo
Hora de aquel ayer que el alma adora,
Primer reflejo de esa blanca aurora
De inocente pasión y alta pureza

Que ceñida de rosas la cabeza
Apareció en el fondo de un cielo !

XIII.

Cuando la muerte helada
Su sombra estienda por mi sien marchita
Y me arrojé á la cripta desolada
Alumbra mi cadáver un momento
Con los cendales de tu luz bendita
Y en forma de un nube
Bajo del majestuoso firmamento
Y el alma mía hácia la gloria sube



A Ti

Ofrenda

El Autor



ESBOZO

I.

Mi cabeza está inclinada
Sobre mi angustiado pecho
Como el búcaro marchito
De un pálido lirio enfermo,
Ya no levanta las sienes
Cubierta por los destellos
Del astro de la fe santa
Que con dorado reguero
Alumbra en la dulce infancia
El vergel de los ensueños!

II.

Rosas de un día han caído
Bajo las alas del viento
Las mariposas azules
De mis antiguos contentos,
Y el espectro desolado
Del inmenso desconsuelo

Hoy cruza mis noches yertas
Cual giron de bruma denso
O esqueleto de las sombras
Que en los aires mueve el cierzo

III.

Aquella esperanza amante
Que como flor de los cielos
Desplegaba el abanico
De sus galas en mi seno
Y en cada onda de su aroma,
Como nube, en casto vuelo
Dirigia hácia la gloria
Mi juvenil pensamiento
Hoy yace en la cripta oscura
Bajo el mármol de los muertos !

IV.

Destino fúnebre el mio,
Con el corazon deshecho
Cruzar el polvo del mundo,
Habiendo perdido un cielo,
Y sin columbrar un débil
Miraje en el firmamento
De la tierra solitaria
para el que gime sus duelos
En el plectro cuyas cuerdas
Encubren crespones negros !

V.

Aquel grupo de hadas blancas
Que en hebras de oro el cabello
Lucian sobre la espalda
De terso alabastro esbelto,
Mis celestes ilusiones
Que asomaban al espejo
De mi rosa fantasia
Iluminando los sueños,
Se han desflorado en la aurora
Con su nimbo de luceros !

VI.

Al alma queda el sudario,
De los desengaños yertos,
Aves de pálidas plumas
Que en la órbita del cerebro
Con el rumor de sus alas,
Hondo, funerario, hueco,
Trazan como cinta oscura
El pasaje de su vuelo
Modulando la elegia
De asolantes desalientos !

VII.

Dejaba el dintel de nácar
De ese santuario sobérbio

En cuyas aras sublimes
Las ondas blancas de incienso
Ascienden hacia la gloria
Como perfumes risueños
Sin un tinte de impureza
En forma de anillos régios
Cuando rozando mis sienes
Cruzó un angel con su velo!

VIII.

Su talle me recordaba
La Diana de los helenos;
Con sus sienes de azucena
Y su escúltorico cuello
Y los bucles perfumados
De sus flotantes cabellos
Parecia la inocencia
Que envuelta en los centelleos
De una banda de oro y rosa
Bajado hubiera del cielo!

IX.

Su voz escuchaba entonces
De la brisa en los lamentos
Cuando el silente crepúsculo
Vestia del firmamento
La bóveda dilatada,
Y el sol doraba muriendo

La azul cúspide del monte
Con un beso amarillento,
Como un ténue clavo de oro
De un cíclope en la sien puesto!

X.

Fué esa imagen á mi vida
Como el plateado reflejo
De la luna en la alta noche
Sobre un oculto arroyuelo,
Iluminó de sus linfas
Con sus rayos, el espejo,
Y es hoy la vision que oscila
En el cristal de su seno
Ciñendo en la sien de armiño
Corona de azul destello!

XI.

De mis antiguos encantos
El único es que conservo,
El solo sobre la tierra
Ha sido radiante cielo
De celajes luminosos
Para el alma de mi pecho
Los otros me han traicionado
Plegando el ingrato vuelo
De la playa de mi vida
Cercada por riscos yertos

XII.

¡ Oh si el faltára á mi vida,
En el fondo de mi seno
Ya se hubieran marchitado
Como en páramo desierto
Las flores del entusiasmo,
Las diademas de los sueños;
El me infunde en las batallas
De la existencia, el aliento,
Desatando en haces de oro
Su guirnalda de reflejos !



A mi inolvidable amigo

el elegante poeta

Ricardo del Campo

El Autor



A M A L I A

I.

Sus colgaduras rosa y raso perla
El sol con mano de oro descorria
Luciendo su corona de diamantes
Con arrogancia Olímpica ceñida,
Y burilaba
Sobre las cimas
De los esbeltos montes seculares
Guirnaldas de fulgencias cristalinas !

II.

El lago como banda luminosa
Sus pliegues en el valle desparcia
Modulando en la lira de sus ondas
De su plateado son las armonias,
Y dibujando
Con móvil tinta
Del cisne el abanico de las plumas
En el vaso esculpido de sus linfas !

III.

En el vergel bajo una azul glorieta
Con dosél de vistosas campanillas
Con su traje de encajes vaporoso
Como vision que en nubes se desliza
 Con la diadema
 De astros tejida,
Con la sien cincelada y bucles de oro
Amalia como Hebe aparecia !

VI.

Una elegante mariposa blanca
Vino en su mano á reposar tranquila
Creyendola quizá búcaro níveo
De un modelado lirio que se inclina
 Y al dedicarla
 Ténues caricias,
Su azucena esmaltaba, de sus alas
Con el polvo de nácar que esparcian !

V.

Como iba ella ante Dios, cuando la noche
Con gasas de tombal melancolia
Formara en los espacios á la sombra,
Ante otra alma á ofrendar su alma de niña,
 Vió cruzar nubes

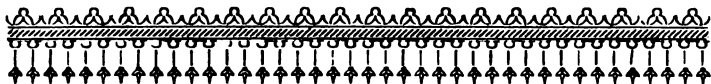
Por sus pupilas;
Que el pecho rebosante de ilusiones
Ve en los presentimientos profecias!

VI.

Creyó que era la imágen encantada
De sus sueños de rosa que se iba,
Que por última vez rozaba amante
El dorado horizonte de su vida,
Y como leve
Viola marchita
Inclinó su cabeza inimitable
Bajo las brumas de la duda impia!

VII.

Oh! traicion desolada del destino . . .!
Como vistió en su fúnebre injusticia
Al firmamento azul con banda oscura
De Amalia ante la casta fantasia;
Fué mártir célica
De una perfidia . . .!
No vió mas al delirio de sus horas . . .!
Leyó el infame adiós de su partida . . .!



INDICE

	<i>Página</i>
Vision.....	7
Desposadas.....	19
Elvira.....	33
Blanca.....	49
Ella.....	65
Esbozo.....	73
Amalia.....	81



